

— ¡ Él es ! exclamó, sin advertir siquiera que salían algunas gotas de sangre de una herida leve. ¡ Oh, desgraciada ! ¡ El viene ! ¡ Va á encontrarla ! Estoy perdida.

— ¡ Ah ! Bien veis que sois una mujer.

— Se habian citado, continuó el joven viajero torciéndose los brazos. ¡ Oh ! me vengaré.

Cauviñac quería soltar una nueva broma, pero el joven le hizo una seña imperiosa con la mano, mientras que con la otra arrancaba su careta ; y entonces se vió aparecer el pálido semblante de Nanon fulminando amenazas á los ojos tranquilos de Cauviñac.

## XVIII

## Amor y celos

— Buenos días, hermanita, dijo Cauviñac á Nanon, tendiéndole la mano con la más imperturbable flemma.

— Buenos días. Según eso, me habías conocido, ¿ no es cierto ?

— Desde el mismo instante en que te vi. No bastaba con haber ocultado tu rostro, era necesario cubrir también ese lindo lunar y esos dientecitos de perlas ; á lo menos, cuando quieras disfrazarte, coqueta, ponte una máscara entera ; pero sin duda no tienes presente el... *et fugit ad salices...*

— Basta, dijo imperiosamente Nanon ; hablemos con formalidad.

— Justamente no deseo otra cosa ; tan sólo hablando con formalidad es como se hacen los buenos negocios.

— ¿ Dices que está aquí la vizcondesa ?

— En persona.

— ¿ Y que el señor de Canolles entra en la posada en este momento ?

— Aun no : acaba de echar pie á tierra, y pone la brida en manos de su lacayo. ¡ Ah ! También le han visto de la otra parte. Mira cómo abren la ventana, y cómo asoma la cabeza de la vizcondesa. ¡ Oh ! ha dado un grito

de alegría. El señor de Canolles entra precipitadamente en la posada. ¡Escóndete, hermanita, ó lo perdemos todo!

Nanon se retiró hacia atrás, apretando convulsivamente la mano de Cauviñac, que la miraba con ojos de compasión paternal.

— ¡Y yo que iba á reunirme con él en París! exclamó Nanon. ¡Yo que todo lo aventuraba por volverle á ver!

— ¡Ah! ¡Todavía tantos sacrificios por un ingrato, hermanita! En verdad que pudieras emplear algo mejor tus beneficios.

— ¿Qué irán á decirse ahora que ya están reunidos? ¿Qué irán á hacer?

— Á la verdad, querida Nanon, que me pones en grande apuro al hacerme esas preguntas, repuso Cauviñac. Van... ¡pardiez!... van á amarse mucho, supongo.

— ¡Oh! No será, exclamó Nanon mordiéndose con rabia las uñas, tersas como el marfil.

— Yo creo, por el contrario, que sí será, dijo Cauviñac. Ferguzón, que tiene orden de no dejar salir á nadie, no ha recibido la de impedir la entrada. En este momento, según toda probabilidad, la vizcondesa y Canolles se hacen mutuamente los más deliciosos mimos. ¡Votobali! Mi querida Nanon, has acordado muy tarde.

— ¡Lo crees así! repuso la joven con una indefinible expresión de profunda ironía y refinado rencor. ¡Lo crees así! Bien, bien; sube aquí conmigo. ¡Pobre diplomático!

Cauviñac obedeció.

— Acá, Beltrán, continuó Nanon dirigiéndose á uno de los mosqueteros; decid al cochero que vuelva sin afectación, y que vaya á internarse en aquel sotillo que hemos dejado á la derecha al entrar en la aldea.

Después, volviéndose á Cauviñac, le dijo:

— ¿No estaremos bien allí para hablar?

— Perfectamente. Mas permíteme á mi vez que tome mis precauciones.

— Toma las que quieras.

Cauviñac indicó que le siguiesen á cuatro de sus hombres que paseaban alrededor de la posada, esponjándose como abisperones al sol.

— Haces muy bien en traer esos hombres, dijo Nanon. Y si me quieres creer, trae mejor seis que no cuatro; tal vez tendremos tarea que cortarles.

— Bueno, dijo Cauviñac, tarea; eso es lo que me hace falta.

— Entonces, quedarás satisfecho, repuso la joven.

La silla giró, conduciendo á Nanon, sonrojada por el fuego de su pensamiento, y á Cauviñac, tranquilo y frío en apariencia, pero no menos dispuesto á prestar una profunda atención á las proposiciones que le hiciese su hermana.

Durante este tiempo, Canolles, atraído por el grito de gozo que había dado al verle la vizcondesa, se había lanzado en la posada y había entrado en el aposento de la señora de Cambes, sin fijar su atención en Ferguzón, á quien viera de pie en el corredor; pero no habiendo recibido ninguna consigna relativa al barón, no se había opuesto á su entrada.

— ¡Ah! caballero! exclamó la vizcondesa al verle. Venid pronto, venid, pues os estaba esperando con demasiada impaciencia.

— Palabras son esas que me harían el hombre más feliz del mundo, señora, si vuestra palidez y vuestra turbación no me dijese claramente que no esperáis sólo por mí.

— Sí, tenéis razón, repuso Clara con una hechicera sonrisa: quiero deberos una obligación más.

— ¿Cuál?

— La de librarme de no sé qué peligro que me amenaza.

— ¿Un peligro?

— Sí. Escuchad.

Clara se fué á la puerta y corrió el cerrojo.

— Me han conocido, dijo volviendo.

— ¿Quién?

— Un hombre, cuyo nombre ignoro, pero cuya fisonomía y voz no me son del todo desconocidas. Me parece que oí su voz la noche que en esta misma sala recibisteis la orden de partir en seguida para Mantes, y pienso que le he visto en la caza de Chantilly el día que ocupé el puesto de la señora de Condé.

— ¿Y quién creéis que puede ser ese hombre?

— Creo que ha de ser agente del duque de Epernon, y por consiguiente un enemigo.

— ¿Diablos! prorrumpió Canolles. ¿Y decís que os ha conocido?...

— No me queda la menor duda; me ha llamado por mi nombre, sosteniendo solamente que yo era hombre. Todas estas cercanías están llenas de oficiales del partido real: se sabe que soy del de los príncipes, y tal vez se trata de inquietarme; pero ya estáis aquí y á nadie temo. Vos sois oficial también, y del mismo partido que ellos, y así me serviréis de salvaguardia.

— ¡Ay! dijo el barón, mucho siento no poderos ofrecer otra defensa ni otra protección que la de mi espada.

— ¿Cómo?

— Desde este momento, señora, no estoy al servicio del rey.

— ¿De veras? exclamó Clara en el colmo su alegría.

— Me había propuesto enviar mi dimisión, fechada en el lugar que os encontrase. Os he encontrado, señora, y mi dimisión se fechará en Jaulnay.

— ¡Oh, libre, libre! ¡Sois libre! Podéis abrazar el partido de la lealtad y de la justicia, podéis adheriros á la causa de los príncipes, es decir, á la de toda la nobleza. ¡Oh! ¡Bien sabía yo que erais muy digno caballero para no comportaros así!

Y Clara tendió á Canolles una mano, que él besó con arrobamiento.

— ¿Y cómo ha sido eso, cómo ha pasado? Referidme vuestro suceso con todos sus detalles.

— ¡Oh! no seré muy extenso. Anticipadamente escribí al señor de Mazarino, avisándole lo que había ocurrido; al llegar á Mantes recibí una orden de presentarme á él: me llamó cabecilla infeliz, y yo le llamé poco seso: se echó á reír, me enfadé: alzó la voz, le envié á pasear, y me volví á mi casa. Esperé que tuviese á bien hacerme llevar á la Bastilla, y él espero que una buena reflexión me hiciese salir de Mantes. Á las veinte y cuatro horas tuve ese buen pensamiento, debido á vos; porque recordé lo que me habíais ofrecido, y juzgué que podríais esperarme, aunque no fuese más de un segundo. Entonces, respirando el aire libre, descargado de toda responsabilidad, de todo deber, sin partido, sin compromiso y casi sin preferencia, sólo me acordé de una cosa, y era que os amaba, señora, y que podía ya deciroslo en alta voz y con toda osadía.

— ¡Es decir que habéis perdido por mi vuestro empleo, que por mi habéis caído en desgracia, y que por mi estáis arruinado! ¡Querido Canolles! ¿Cómo os podré

pagar jamás tantas obligaciones, cómo os probaré mi gratitud?

Y con una sonrisa y una lágrima, que le devolvía cien veces más de lo que había perdido, la señora de Cambes hizo caer á sus pies á Canolles.

— ¡ Ah, señora ! la dijo. Desde este momento, por el contrario, soy rico y feliz; porque voy á seguiros, porque jamás me separaré de vos; porque mi dicha está en vuestros ojos y en vuestro amor mi riqueza.

— ¿ Nada os detiene ya ?

— Nada.

— Me pertenecéis todo entero. Y quedándome con vuestro corazón, ¿ puedo ofrecer á la princesa vuestro brazo ?

— Sí.

— ¿ Habéis enviado ya vuestra dimisión ?

— Todavía no. Quería primero volveros á ver; pero como os he dicho, ahora que os veo, voy á escribirla aquí en este mismo instante.

— ¡ Escribid, pues; escribid antes de nada! Si no lo hacéis, seréis considerado como un tráfuga; también es preciso que esperéis, antes de dar ningún paso decisivo, á que sea aceptada esa dimisión.

— No temáis nada, queridita diplomática, me la concederán de buena voluntad; mi torpeza de Chantilly no les deja ningún sentimiento. ¿ No me han dicho, añadió Canolles riendo, que soy una cabecilla infeliz ?

— Sí; pero nosotros reformaremos esa opinión; perded cuidado. Vuestro asunto de Chantilly tendrá mejor éxito en Burdeos que lo ha tenido en París, creedme. — Pero escribid, Canolles, escribid pronto, á fin de que partamos; porque os lo confieso, barón, mi estancia en esta posada no me tranquiliza.

— ¿ Habláis de lo pasado ? ¿ Son recuerdos los que os espantan ? dijo Canolles tendiendo dulcemente la vista á su alrededor, y fijándola en la alcoba de dos camas, que ya más de una vez había atraído sus miradas.

— No : hablo del presente. Mis terrores nada tienen de común con vos. Hoy no es á vos á quien temo.

— ¿ Pues á quién teméis ? ¿ Qué tenéis que temer ?

— ¡ Eh ! ; Dios mío, quién sabe !

En este momento, como para justificar los temores de Clara, resonaron á la puerta tres golpes, dados con una solemne gravedad.

El barón y la vizcondesa quedaron en silencio, mirándose con inquietud y queriéndose interrogar el uno al otro.

— ¡ En nombre del rey, dijo una voz, abrid !

Y súbitamente la frágil puerta se hizo astillas. Canolles quiso acudir á su espada, pero ya un hombre se había interpuesto entre su espada y él.

— ¿ Qué quiere decir esto ?... dijo el barón.

— Vos sois el señor de Canolles, ¿ no es cierto ?

— El mismo.

— ¿ Capitán del regimiento de Navalles ?

— Sí.

— ¿ Enviado con una misión del señor duque de Eperón ?

Canolles hizo un signo afirmativo con la cabeza.

— Entonces, en nombre del rey y de S. M. la reina regente, yo os arresto.

— ¿ Vuestra orden ?

— Vedla aquí.

— Pero, señor, dijo el barón devolviendo el papel, después de haber tendido sobre él una rápida ojeada; me parece que os conozco.

— ¡Pardiez, vaya si me conocéis! ¿No es esta misma aldea en que ahora os arresto, donde os traje de parte del señor duque de Epernon la comisión de partir para la corte? Vuestra fortuna dependía de aquella comisión, caballero mio; habéis errado el golpe, tanto peor para vos.

Clara palideció y cayó desolada sobre una silla; por su parte había reconocido al indiscreto preguntón.

— Mazarino se venga, murmuró Canolles.

— Vamos, caballero, partamos, dijo Cauviñac.

Clara permanecía inmóvil. Canolles, indeciso, parecía próximo á volverse loco. Su desgracia era tan grande, tan grave, tan inesperada, que se sentía abrumado con su peso; con todo, inclinó la cabeza y se resignó.

Por otra parte, en aquella época las palabras « en nombre del rey, » conservaban aun toda su magia, y nadie probaba á resistirse á ellas.

— ¿Adónde me lleváis? dijo; ¿ó se os ha prohibido hasta darme el consuelo de saber adónde voy?

— No, señor, y voy á deciroslo: os llevamos á la fortaleza de la isla de San Jorge.

— ¡Adiós, señora! dijo Canolles inclinándose respetuosamente ante la vizcondesa de Cambes. ¡Adiós!

— Vamos, vamos, dijo para sí Cauviñac; no están las cosas tan adelantadas como yo creía. Se lo diré á Nanon, y esto la tranquilizará.

Después, dirigiéndose al umbral de la puerta, gritó:

— Cuatro hombres para escoltar al capitán, y otros cuatro de avanzada.

— Y yo, exclamó la señora de Cambes extendiendo los brazos hacia el prisionero. Á mí, ¿adónde se me lleva? porque si el barón es culpable, ¡oh! yo lo soy mucho más que él.

— Vos, señora, respondió Cauviñac, podéis retiraros; sois libre.

Y salió conduciendo al barón.

La vizcondesa se levantó reanimada por un rayo de esperanza, y preparó todo lo necesario para su partida, á fin de que no hubiese ocasión de sustituir estas buenas disposiciones por otras órdenes contrarias.

— Libre, dijo; libre podré velar por él. Partamos.

Y abalanzándose á la ventana, vió partir la cabalgata que conducía al barón; cambió con él un último adiós, y llamando á Pompeyo, que con la esperanza de una parada de dos ó tres días, se había ya aposentado en la mejor habitación que pudo encontrar, le dió orden de disponerlo todo para la marcha.

## XIX

### El prisionero

Fué el camino para Canolles más triste aun de lo que esperaba. En efecto, al caballo que concede al preso mejor guardado una falsa apariencia de libertad, le había reemplazado el coche, diabólica falda de acero, cuya forma se ha conservado en Turena: además de esto el barón llevaba las piernas atadas á las de un hombre de nariz aguilena, cuya mano se apoyaba con cierta especie de amor propio en la culata de una pistola de hierro. Algunas veces durante la noche, porque dormía de día, esperaba sorprender la vigilancia del nuevo Argos; pero á los lados de la nariz de águila brillaban dos grandes ojos de buho, redondos, relumbrantes y del todo á propósito para las observaciones nocturnas; de modo que adondequiera que dirigía la vista el barón, veía siempre aquellos dos ojos redondos lucir en la dirección de su mirada.

Mientras que él dormía, lo hacía también uno de aquellos ojos; siendo una facultad que la naturaleza había concedido á aquel hombre, la de dormir con un solo ojo.

Dos días y dos noches pasó Canolles en tristes reflexiones; porque la fortaleza de la isla de San Jorge, poco dañina por otra parte, adquiría á los ojos del prisionero proporciones espantosas, á medida que el temor y los

remordimientos invadían más profundamente su corazón.

Conocía que su encargo, relativo á la princesa, era una misión de confianza que él había sacrificado á sus amores, y que el resultado de la falta cometida por él en esta ocasión era terrible. La señora de Condé, en Chantilly, no era más que una mujer fugitiva; en Burdeos era una princesa rebelde.

Temía, porque sabía por tradición las sombrías venganzas de una Ana de Austria colérica.

Otro remordimiento más lento, pero tal vez más punzante que el primero, le acosaba. Había en el mundo una mujer joven, hermosa, espiritual; una mujer que se había valido de su influencia para elevarle, que no se había servido de su crédito más que para protegerle; una mujer que por él había aventurado veinte veces su posición, su porvenir, su fortuna; y esta mujer, no sólo la más hechicera de las queridas, sino también la más decidida amiga, había sido abandonada sin motivo por él, en el momento en que ella pensaba en él, y que en vez de venganza le había dispensado nuevos favores. Así es que su nombre, en lugar de presentarse á su imaginación con el acento de la reconvencción, había resonado en su oído con la balagüena dulzura de un favor casi real. Es cierto que este favor había llegado en mala ocasión, en una ocasión en que, de seguro, habría preferido una desgracia; pero ¿ esta era falta de Nanón? Nanon no había visto en este cometido cerea de S. M. otra cosa que un engrandecimiento de fortuna y consideración para el hombre en quien incesantemente pensaba.

Canolles entraba en sí mismo con ingenuidad, y no con la mala fé de los acusados, á quienes se obliga hacer una confesión general. ¿ Qué le había hecho Nanon para que él la abandonase? ¿ Qué había en la señora de Cam-

bes para que la siguiese? ¿Qué tenía, pues, de magnífico y deseable el caballerito de la posada del Becerro de Oro? ¿La señora de Cambes llevaba alguna ventaja que la hiciese triunfar de Nanon? ¿Tanto aventajan unos cabellos rubios á unos negros, que obliguen á ser perjuro é ingrato á un hombre, y á más hacerle traidor y desleal á su rey, sólo con el fin de cambiar aquellas trenzas negras por otras rubias? Y no obstante, ¡oh miseria de la organización humana! el barón hacía todas estas reflexiones llenas de sentido, como se vé, pero no se persuadía.

El corazón encierra multitud de misterios, parecidos á éstos que constituyen la felicidad de los amantes y la desesperación de los filósofos.

Esto no impedía al barón reconvenirse á sí mismo y acusarse en alto grado.

— Voy á ser castigado, decía para sí, pensando que el castigo destruye la falta; voy á ser castigado, ¡tanto mejor! ¡Allá abajo abrá algún buen capitán áspero, insolente, brutal, que me leerá, con la importancia de carcelero jefe, una orden de Mazarino; me indicará con el dedo el fondo de un subterráneo, y me mandará á que me pudra á quince pies debajo de tierra, en compañía de las ratas y los sapos, cuando habria podido vivir al aire libre, florecer al sol en los brazos de una mujer que me amaba, y á quien he amado y á quien tal vez amo aún!

« ¡Maldito vizconde, bah! ¿Por qué encubrias á una vizcondesa tan linda?

» ¡Sí, muy linda! ¿Pero hay en el mundo una vizcondesa que valga lo que esa me vá á costar?

» Porque no estriba todo en el gobernador, y el calabocho á quince pies debajo de tierra. Si se me cree traidor,

no dejarán las cosas á medio aclarar: se me averiguará la vida sobre mi estancia en Chantilly, que á la verdad, no pagaría lo suficiente si hubiese sacado más partido; pero que sólo me ha producido tres besos en la mano, ni más ni menos. ¡Bruto de mí, que teniendo la fuerza en mi mano y pudiendo abusar no he usado de ella! ¡Cabecilla infeliz, como dice Mazarino, que siendo traidor no me hago pagar mi traición?

» ¿Y quién me la pagará ahora? »

Y Canolles se encogió de hombros, respondiendo con desprecio á su propio pensamiento.

El hombre de los ojos redondos, que por mucho que viese no podía comprender nada de aquella pantomima, le miraba asombrado.

« Si se me pregunta, continuó el barón, no responderé, porque á la verdad, ¿qué voy á responder? — ¿Qué no quería al señor de Mazarino? — Entonces no debia haberle servido. — ¿Que amaba á la señora de Cambes? — ¡Esta no es una razón para una reina y un primer ministro! No responderé nada. Pero los jueces son personas muy susceptibles, y cuando preguntan quieren que se les conteste, y además hay tormentos brutales en las cárceles de provincia; me romperán estas piernecitas que tanto me envanecían, y se me enviará de nuevo dislocado á hacer compañía á mis ratas y mis sapos. Quedaré zambo para toda mi vida, como el príncipe de Conti... tan feo... y esto suponiendo que me cubra con sus alas la clemencia de S. M., lo que no hará. »

Además del gobernador, las ratas, los sapos y los tormentos, habia también patibulos en que se decapitaba á los rebeldes, vigas donde se colgaban los traidores, y ciertas plazas de armas para fusilar á los desertores. Pero

todo esto no era nada para un buen mozo como Canolles, en comparación á llevar las piernas zambas.

Resolvióse, pues, á hacer de tripas corazón y á preguntar á su compañero de viaje acerca de esto.

Los ojos redondos, la nariz de águila y el gesto encajotado de aquel personaje, no animaban mucho al prisionero para entablar un diálogo. Sin embargo, como por muy antipática que sea su fisonomía, es imposible que deje de haber algún momento en que no se desvanezca algún tanto su ceño, Canolles aprovechó un segundo en que un mohín parecido á una sonrisa, apareció en el semblante del oficial subalterno que le hacia la guardia de un modo tan exacto, y le dijo :

— ¿ Caballero ?

— Caballero... repuso el subalterno.

— Dispensad si interrumpo vuestras reflexiones.

— No hay de que, caballero ; yo no reflexiono nunca.

— ¡ Ah, diablos, pues estáis dotado de una feliz organización !

— Sí : no tengo de qué quejarme.

— No me pasa eso á mí ; pues tengo mucho en qué pensar.

— ¿ Por qué, caballero ?

— Porque se me arrebató así, en el momento en que menos lo pensaba, para conducirme no sé dónde.

— Sí, lo sabéis, caballero, porque se os ha dicho.

— Es verdad. Vamos á San Jorge, ¿ no es así ?

— Ciertamente.

— ¿ Creéis que estaré allí mucho tiempo ?

— No sé, caballero ; más según me habéis sido recomendado, creo que sí.

— ¡ Ah ! ¿ Y es muy fea la isla de San Jorge ?

— ¿ No conocéis la fortaleza ?

— Por dentro, no : jamás he penetrado en ella.

— Pues no es muy hermosa, no : fuera de las habitaciones del gobernador, que acaban de reedificar, y que son muy alegres, á lo que parece, lo demás del edificio es una estancia bastante triste.

— Bien. — ¿ Y pensáis que se me interroge ?

— Esa es la costumbre.

— ¿ Y si no respondo ?

— ¿ Si no respondéis ?

— Sí.

— ¡ Diablos ! En ese caso, ya sabéis que hay el tormento.

— ¿ El ordinario ?

— Ordinario ó extraordinario ; eso es según la acusación... ¿ De qué se os acusa, caballero ?

— Recelo, dijo el barón, que de crimen de Estado.

— ¡ Ah ! en ese caso gozaréis del tormento extraordinario... Diez pucheros.....

— ¿ Cómo diez pucheros ?

— Sí.

— ¿ Que queréis decir ?

— Digo que os darán diez azumbres de agua caliente.

— ¿ Está el agua vigente en la isla de San Jorge ?

— ¡ Oh, yo lo creo ! Sobre el Garona, ya veis !

— Tenéis razón ; como está á la mano... ¿ Y cuántos cántaros hacen diez azumbres ?

— Tres cántaros, ó tres y medio.

— Me hincharé.

— Un poco. Pero si tenéis la precaución de aveniros con el carcelero.....

— ¿ Y bien ?

— Todo podréis componerlo.



- ¿Y en qué consiste, si queréis decírmelo, el servicio que puede prestarme el carcelero?
- Puede hacerlos beber aceite.
- ¿Y el aceite es un específico?
- ¡Soberbio! caballero.
- ¿Lo creéis así?
- Hablo por experiencia.
- ¡Cómo! ¿Vos habéis bebido?
- No. Quiero decir que he visto beberlo; que viene á ser lo mismo, con corta diferencia.
- Tenéis razón, dijo el barón, no pudiendo menos de sonreír á pesar de lo grave de la conversación. Conque decid que habéis visto.....
- Sí, señor: he visto á un hombre beberse las diez azumbres con una gran facilidad, merced al aceite, que había preparado convenientemente las vías. Es verdad que se hinchó, como es costumbre; pero con un buen fuego, se le hizo deshinchar sin graves averías. Esto es lo esencial de la segunda parte de la operación. Retened bien estas dos palabras: calentar sin quemar.
- Comprendo, dijo el barón. ¿Habéis sido tal vez ejecutor de altas obras?
- ¡No, señor! replicó su interlocutor con una modestia llena de urbanidad.
- ¿Ayudante, quizás?
- No, señor; aficionado, nada más.
- ¡Ah, ya! Y el señor aficionado se llama.....
- Barrabás.
- Hermoso nombre, nombre antiguo, ventajosamente conocido en las Escrituras.
- En la Pasión, caballero.
- Eso es lo que quise decir; pero le usado por costumbre de otra locución.

- ¡Hola! preferís las Escrituras; ¿según eso sois hugonote?
- Sí; aunque hugonote, demasiado ignorante... ¿Creeréis que apenas sé tres mil versículos de los salmos?
- En efecto, es bien poco.
- La música se me pegaba más... Muchos de mi familia han sido ahorcados y quemados.
- Yo espero que tal suerte no estará reservada para vos.
- No sé, porque hoy se tolera mucho más. Á todo tirar, me sumergirán en el río.
- Barrabás soltó á reír.
- El corazón del barón se estremeció de alegría, pues había conquistado á su guarda.
- En efecto, si su carcelero interino llegaba á serlo permanente, tenía ya todas las probabilidades de obtener el aceite; así, pues, resolvió seguir la conversación desde el punto en que había quedado.
- Señor Barrabás, dijo, ¿y estamos destinados á separarnos pronto, ó tendré el honor de continuar gozando vuestra compañía?
- No, señor. En llegando á la isla de San Jorge tendré el gran pesar de dejaros, pues tengo precisión de volver á mi compañía.
- ¡Hola, bien! ¿Perteneceís á una compañía de arqueros!
- No, señor; á una compañía de soldados.
- ¿Alzada por el ministro?
- No, señor; por el capitán Cauviñac, aquel mismo que tuvo el honor de arrestaros.
- ¿Y servís al rey?
- Me parece que sí.
- ¿Qué diablos decís? ¿Pues qué no estáis seguro?

— ¿Quién tiene seguridad de nada en este mundo?  
 — Entonces, si dudáis, deberíais para fijar vuestra suerte hacer una cosa.

— ¿Cuál?

— Dejarme marchar.

— No puede ser.

— Os advierto que pagaré cumplidamente vuestra complacencia.

— ¿Con qué?

— ¡Con dinero, pardiez!

— No lo tenéis.

— ¿Cómo que no lo tengo?

— Sacadlo á ver.

Canolles registró vivamente sus bolsillos.

— En efecto, dijo, ha desaparecido mi bolsa. ¿Quién me la ha cogido?

— Yo, señor, respondió Barrabás saludándole respetuosamente.

— ¿Y con qué objeto?

— Con el de que no pudieseis corromperme.

Canolles, estupefacto, miró al digno ministro con admiración, y habiéndole parecido incontestable el argumento, no replicó ni una palabra.

De aquí resultó que habiendo recaído los viajeros en su primitivo silencio, siguió la marcha hacia su fin, con el mismo aspecto triste que había empezado.

## XX

## La isla de San Jorge

Ya empezaba á rayar el alba cuando el carromato llegó á la aldea más próxima á la isla á que se dirigían. Al sentir Canolles detenerse el carruaje, asomó su cabeza por la pequeña tronera, portillo destinado á abastecer de aire á las personas libres, y enteramente cómodo para interceptarlo á los presos.

Una linda aldea, compuesta de un centenar de casas agrupadas alrededor de una iglesia en la pendiente de una colina y dominada por un castillo, se dibujaba envuelta en el ambiente de la mañana, y dorada por los rayos del sol naciente; que hacían dispersarse los copos de vapor parecidos á flotantes gasas.

En este momento el carricoche subía una cuesta; y el cochero, habiendo bajado del pescante, caminaba delante de él.

— Buen amigo, dijo Canolles, ¿sois de este país?

— Sí, señor; soy de Liburnio.

— Siendo así, deberéis conocer esta aldea. ¿Qué casa es aquella blanca? ¿Qué cabañas son aquellas tan boninitas?

— Caballero, respondió el cochero, ese castillo es del